

LA REALIDAD LATINOAMERICANA ACTUAL.

La **Introducción** al Documento Preliminar de Medellín nos planteó el problema de las etapas históricas de la Iglesia en América Latina. Tras mostrar la génesis de nuestra situación, entramos al segundo punto del Documento Preliminar, que se titula "**La Realidad Latinoamericana**" y que pretende una descripción objetiva de nuestra realidad actual. Esa descripción será la que resalte los problemas y dificultades a enfrentar, base sobre la cual se podrá elaborar la "**Reflexión Teológica**" y las "**Líneas Pastorales**", que vienen a ser las partes finales del D.B.P.

El orden del D.B.P. es inobjetable. Primero la realidad y sus aporías; luego la reflexión teológica a partir de esos datos; por último, el regreso práctico, la acción pastoral. Todo depende entonces de la justeza de la descripción inicial. Si en este arranque los conceptos son magros, todo el resto del D.B.P. se moverá en el vacío, la reflexión teológica y las líneas pastorales resbalarán en la irrealidad. El análisis de la realidad latinoamericana condiciona la validez de todo el D.B.P. De ahí su extrema importancia y nuestra detención en este aspecto decisivo. El rodeo histórico que hemos hecho nos evitará un estudio pormenorizado del D.B.P., nos eximirá de glosas invertebradas: apenas señalemos las ausencias del DBP serán evidentes sus fallas capitales.

Repetiremos aquí, una vez más, nuestro modo de desarrollar la reflexión en cada una de las etapas anteriores: del contexto mundial y la Iglesia a la Iglesia en América Latina; de allí al análisis propiamente dicho de Documento; y una recapitulación final que retoma la mirada general de la **Introducción**.

1. CONTEXTO Y ANTECEDENTES DE MEDELLIN

La Sociedad Industrial en poco más de siglo y medio ha conmovido toda la Tierra, arrasando o su-

Caja 4 Iglesias, Leizaola y ...
Estudios e Investigaciones
Historia y Sociología

jetando a su propia lógica a todas las culturas agrarias. En las condiciones de la Europa cristiana emergió este proceso excepcional, de alcance universal, en dinámica de explosivas contradicciones. Pues su poderío también se ligaba al saqueo colonial de los rezagados agrarios. Así, el reto de la industrialización debió ser asumido por toda sociedad que quisiera sobrevivir y desarrollarse por sí misma a la altura de los tiempos. Según el grado de atraso y recursos de su propia cultura, los pueblos agrarios entraron en un período de vastas convulsiones, revoluciones o sometimientos, en la lucha por la modernización, lo que exigía liquidar todas aquellas formas de vida y creencia inadecuadas para responder a la incitación industrial.

Las formas de modernización de una sociedad tomaron dos sentidos contrarios. O la modernización era mera adaptación a las demandas externas, pero siempre sujetas a ellas. O la modernización recibía los impulsos técnicos y científicos para levantar a la sociedad en dueña de sus destinos. Esta segunda forma, la auténticamente modernizadora, implicaba los más violentos conflictos con los países dominadores, ya industriales. Los ya industrializados no quieren que otros se industrialicen. La primera forma de modernización es, como vimos, el "herodianismo", que Darcy Ribeiro define como el camino de la "actualización histórica" en oposición a la auténtica modernización industrial que caracteriza como el camino de la "aceleración evolutiva".

Vale insistir sobre la distinción, pues es decisiva, y para ello retomamos lo expuesto por Darcy en **Víspera 4**:

"El primer camino es la "actualización histórica" que, preservando por la modernización refleja el cuerpo de los intereses internos y los vínculos externos, perpetúa la estratificación social y la dependencia neocolonial. Tal fue lo que sucedió a las naciones latinoamericanas luego de la independencia cuando sus patricios sofocaron los movimientos insurreccionales que ellos mismos habían suscitado para instaurar un nuevo orden social que perpetuaba su pronuncia o para ascender de la sujeción colonial a las metrópolis ibéricas, a una dependencia neocolonial regida primero por Inglaterra y más tarde por Norteamérica. En este movimiento las naciones experimentan muchos progresos reflejos, hicieron consumidoras de productos de la civilización industrial que florecía en las naciones desarrolladas y fijaron su papel apéndice en la coyuntura mundial.

Las propias Universidades modernas de América Latina son el producto de ese proceso de "actualización histórica". Ello las hizo surgir y crecer tal cual son, es decir, como formadoras de profesionales liberales destinados a ejercer funciones burocráticas y reguladoras del orden social; de celar por los intereses patrimoniales de la clase dominante; de dirimir sus conflictos; de cuidar su salud con las técnicas de la medicina moderna; de construir sus casas señoriales, y de maniobrar las máquinas importadas para volver más eficaces las economías nacionales. La contrapartida de ese proceso modernizador que enorgullecía a tantas generaciones del patriciado latinoamericano fue la conversión de sus pueblos en proletariados externos, destinados a llenar las condiciones de la existencia y de prosperidad de las clases dominantes internas y de las potencias imperialistas, medianas la producción de materias primas y de productos tropicales.

El segundo camino es el de la "aceleración evolutiva", ejemplarizado por Norteamérica y de forma más intencional por Japón, por Alemania y por las naciones socialistas. En estos casos, en lugar de un proceso de modernización refleja, inducido por

las clases dominantes internas en asociación con intereses imperialistas, damos con un proceso conducido intencionalmente hacia la reestructuración de la sociedad desde sus bases con el objetivo de organizarla para servirse a sí misma y no a otros. Al contrario de la "actualización histórica", la cual ató los pueblos atrasados a la órbita de la influencia de los pueblos avanzados como sus servidores, la "aceleración" conduce a los pueblos a saltar de una etapa histórica a otra, integrándose en una nueva formación socio-económica, sea capitalista, sea socialista como un ente autónomo, capaz de regir su propio destino." La alternativa de América Latina es bien clara: o la herodiana actualización histórica o la aceleración evolutiva. A esa luz examinaremos qué propone el D.B.P.

La industrialización comienza primero en Inglaterra y Francia, luego Estados Unidos y Alemania. Sus formas son capitalistas, y la primera etapa es de "proteccionismo" estatal a las industrias nacionales contra la competencia extranjera. Sólo cuando los "proteccionistas" son fuertes, se hacen agentes del "libre-cambio". No hay excepción al respecto. Luego, la industrialización prosigue su difusión: el Japón, donde su Antiguo Régimen hace la inaudita autotransformación en potencia industrial, con fuerte conducción estatal intencionada. En el siglo XX las grandes hazañas de "aceleración evolutiva" dejan la forma capitalista y toman una ruta socialista, que acentúa el Estado fuerte, la protección, y tiene que resistir el asedio de los capitalistas ya industriales. Ayer Rusia, hoy China, son ejemplos elocuentes. ¿Qué ha pasado? La presión y el poder de los ya industriales es cada vez más inhibitorio de toda "aceleración evolutiva": sólo tolera al herodianismo. Entonces, un país ya no puede industrializarse sin quebrar internamente sus clases dominantes herodianas, y el pueblo es la única fuerza. ¿Cómo se conduce esa fuerza? Por la justicia, por la igualdad, por la fraternidad: sólo así puede soportar el asedio de los desarrollados, sólo así puede sacrificar provisoriamente su libertad, pues lo prefiere a la deposición permanente de su libertad. Sólo la igualdad y la fraternidad justifican que el pueblo, libremente, sacrifique libertades que nunca ha gozado, por otra parte. Esto hay que entenderlo bien pues es vital para el acontecer futuro latinoamericano. La Iglesia debe saberlo. No es sencillo ser profeta de justicia. Tiene graves dificultades y si no fuera así, ¡todos seríamos profetas! ¡Qué fácil entonces ser cristiano! La retórica actual sobre el profetismo, si no es consciente de las exigencias históricas objetivas, quedará como un ejercicio literario más.

Hemos visto cómo la Iglesia tuvo grandes dificultades en asimilar los datos de la revolución Industrial y Científica, a pesar que había creado sus condiciones. También como la radical exigencia cristiana de amor, es decir, libertad, igualdad y fraternidad, había sido recogida por los movimientos socialistas que habían tomado, reactivamente a la inercia eclesial, formas paganas: reaparecían las viejas religiones de la Naturaleza, bajo los modos filológicos del panteísmo o del materialismo, negadores de Dios y de Cristo. Tal paradoja corre por dentro a esos movimientos, amenazados íntimamente por la falta de sentido último de la existencia, por el nihilismo y el espectro del Eterno Retorno, destructor de toda dialéctica ascendente. Ahora, la Iglesia vislumbra su hermandad con sus enemigos, reconoce en ellos el fermento evangélico que los dinamiza, a la vez que, extendida como nunca sobre el conjunto del orbe, puede tomar madura conciencia interna del drama contemporáneo, que se objetiva también entre los países industriales y el Tercer Mundo agrario, de más en más centro de las tensiones luego de la Segunda Guerra Mundial. Por eso Roma ha-

bla ahora explícitamente del neocolonialismo y lo condena. Y el neocolonialismo tiene su rostro herodiano nativo.

El Concilio Vaticano II tomó a la Iglesia latinoamericana desprevenida: fue un rayo de plácidez. La Iglesia de América Latina, romanizada, no había contribuido a gestar al Concilio, obra primordial de las Iglesias de Francia y Alemania que habían sufrido intensamente los nuevos problemas y eran el foco irradiante de la inteligencia cristiana. Así, de golpe, Iglesias provincianas se vieron lanzadas al mundo, sin preparación, con una problemática de la que poco antes ni tenían noción. Y es que la evolución histórica, aun dentro de la Iglesia, no tiene un ritmo acompasado, hay diferencias de desarrollo, de nivel. No sólo por las diferencias específicas entre las tradiciones de las Iglesias locales, sino por el contexto histórico distinto en que están inmersas. El Concilio, por otra parte, era el fin de los "ze-lanti" de la Curia Romana, los educadores del episcopado latinoamericano. De ahí la perplejidad con que la Iglesia latinoamericana tropezó con el Concilio, donde quedó muda. Se había extrañado de América Latina, romanizada, y ahora Roma le exigía cambiar de actitud, "latinoamericanizarse", dejar atrás la mentalidad de fortaleza asediada, servir a su mundo, redescubrir la validez de la secularización que había resistido. El cambio de la Iglesia en América Latina en estos últimos años ha sido aceleradísimo y, en medio de verdaderas tragedias personales, los obispos, el clero, el laicado, se esfuerzan por alcanzar el nivel de su nueva tarea. Es el deshielo, las viejas seguridades se resquebrajan, pero los anuncios son de primavera.

Iglesias que se habían marginado de la historia concreta de América Latina, no tenían conciencia histórica propia. Esta es además muy difícil en países dependientes, subordinados económica y culturalmente a las metrópolis. El movimiento natural del coloniaje, en todos los planos, es hacia afuera y no hacia adentro. Por eso, es posible también hablar en América Latina de un "herodianismo de izquierda", de un espíritu revolucionario y no conformista que vive más de espejismos metropolitanos que de sus realidades nacionales. Las mejores ideas, en traslados mecánicos de una realidad a otra, se pervierten en obstáculo a la comprensión, más que en vehículo. ¡Las colonias hasta tienen el riesgo de extranjerizar su protesta! Es una contradicción específica de la "inteligentzia" colonial, que debe superar al herodianismo ambiental por transfiguración de las incitaciones y no por hirsutismo zelote, que es vía muerta. Sólo por el bautismo de lo universal en lo nacional y popular, la inteligencia latinoamericana podrá empujar la "aceleración evolutiva". Pero la Iglesia latinoamericana recién ahora se dispone a enfrentar esa crucifixión, ¿a quién recurrir entonces?

El extrañamiento de la Iglesia a su realidad americana y la necesidad de aceptar esa realidad, la lleva a oír otras voces. Llegan así numerosos expertos extranjeros, europeos, más bien sociólogos, que ofrecen sus servicios. Claro, ellos tienen metodologías, pero nada saben de la historia de América Latina. Vienen a enseñarnos, pero no tienen tiempo de poner sus oídos en nuestra tierra. ¡Para pensar un país hay que vivirlo, conocer es "con-nacer"! No todos los expertos saben hacerse escitas entre los escitas: creen que saben demasiado. De todos modos, hay que caminar con lo que se tiene a la mano. Otro recurso, es enviar al extranjero a jóvenes sacerdotes para ponerse al día con la historia y entonces se acentúa lo que señala José Comblin: "la parte "conciente" de la Iglesia de América piensa en francés. Pero ello no quiere decir que esta problemática conciente traduzca los verdaderos problemas del clero latinoamericano. El mimetismo cultural sirve tam-

bién de pantalla e impide la formulación de los verdaderos problemas". (10). El clero no tiene porqué ser excepción al colonialismo cultural, que en un grado u otro padecemos todos como constitutivo de nuestra situación

¿Qué hacer? Planteos resonantes fueron formulados en 1962 por un extranjero, el jesuita belga Roger Vekemans, Director del Cías: es una explícita visión herodiana, basada en la más rústica psicología de la "envidia del pobre" contra la "posesión del rico"; todo se resuelve entonces en una "mutación de la mentalidad", para realizar una "revolución metafórica" que introduzca los cambios con los recursos potenciales, sin tocar los actuales de los "poseedores" (11). ¡Pobre Cristo con sus pobres envidiosos! Y este herodiano confeso de Vekemans, apolo-gista de la fenecida Alianza para el Progreso, seguramente no habrá leído bien a su maestro Toynbee, quien dice respecto a las dos debilidades inherentes al herodianismo: "La primera es que el "herodianismo" es, ex hipotesi, mimético y no creador, de modo que, si logra éxito, tiende simplemente a aumentar la cantidad de los productos manufacturados de la sociedad que imita, en lugar de soltar en las almas humanas nuevas energías creadoras. La segunda debilidad es que ese éxito poco inspirador que es lo mejor que el "herodianismo" puede ofrecer, sólo puede dar salvación —aun mera salvación en este mundo— a una pequeña minoría de la comunidad que tome el camino "herodiano". La mayoría no puede esperar ni siquiera llegar a ser miembros pasivos de la clase gobernante de la civilización imitada. Su destino es engrosar las filas del proletariado de la civilización que imita. Alguna vez señaló Mussolini, agudamente, que así como hay clases e individuos proletarios, hay también naciones proletarias; y ésta es evidentemente la categoría a la que entrarán probablemente los pueblos no-occidentales del mundo contemporáneo, aún si por un tour de force del "herodianismo" logran aparentemente transformar a sus países en Estados nacionales independientes soberanos según el modelo occidental y llegaran a asociarse con sus hermanos occidentales como miembros nominalmente libres e iguales de una sociedad internacional que los comprenda a todos" (12). De tal modo, el herodiano Vekemans no es más que un portavoz del neocolonialismo, América Latina no necesita de semejantes asesores.

Después de 1966, la sangre de Camilo Torres ahogaba la voz de los Vekemans. Ya hemos expuesto en otras "Visperas" nuestra posición respecto al "foquismo" guerrillero, pero no obsta para afirmar que la intuición de Camilo es certera: el camino para la "aceleración evolutiva" está en el pueblo como protagonista, en su lucha contra los poderes regresivos. El drama de Camilo no sólo reflejaba el impacto de la revolución socialista nacional cubana, sino la inocuidad de las sociologías académicas abstractas en que se había formado. Camilo no resuelve, pero pone en cuestión las facilidades en que incurre el "desarrollismo", tan popularizado entre las elites latinoamericanas en esta década del 60.

De todos modos, a pesar de sus notorias insuficiencias, lo más elaborado a nivel conjunto de América Latina son los trabajos de la CEPAL. Por su propio peso, por su importancia, y por la ausencia de reflexión cristiana antecedente, nada más lógico que —provisoriamente— el Episcopado Latinoamericano se remita a esos planteos. No hay más remedio, siempre y cuando se sepa con claridad que es un punto de partida a trascender. Que recién estamos en los primeros pasos del nuevo camino Pero veamos qué aprende y qué selecciona el Documento Preparatorio que se va a poner a la consideración de los obispos.

2. ANALISIS DE LOS PUNTOS BASICOS.

El conjunto del D.B.P., relativo a la "Realidad Latinoamericana", es francamente desalentador. De lectura gris, insípida, compendio mal hilvanado de lugares comunes. Una descripción exige un movimiento coherente que, a través de los datos de la realidad, vaya descubriendo el movimiento de ésta, sus contradicciones y funcionalidades. Una descripción implica poner a la luz un orden, como diría Tomás, o el sistema de las estructuras, como repiten hoy, y su sentido dinámico. Nada de eso hay aquí: se trata más bien de un catálogo de "situaciones", "poblaciones", "educación", "otras tendencias culturales", etc., donde están mechadas aquí y allá observaciones críticas a la Iglesia, pero donde las ideas rectoras están oscurecidas, difusas, anotadas al pasar en cualquier lado y formuladas con una asfixiante ambigüedad. Como composición, no pasaría ningún examen de la CEPAL. Cierto, se toman algunos enfoques de CEPAL, ya muy manoseados, ablandando toda formulación rigurosa, pero la principal inspiración no parece puramente cepaliana, a pesar de la remisión, expresa el D.B.P. En este aspecto, la filiación del D.B.P. parece ser la tendencia que, en América Latina, se difunde bajo la influencia de la sociología norteamericana y que podríamos, por ejemplo, resumir en el nombre del sociólogo argentino Gino Germani. La parte "consciente" no piensa sólo en francés, podría registrar aquí Comblin. Pero quizá hasta un Gino Germani tampoco quiera cargar con la paternidad remota de este trabajo, donde todo se yuxtapone y nada se liga.

Examinemos el D.B.P. bajo sus dos ideas capitales rectoras, sacándolas de sus escondites. Las ideas de "modernización" y de "secularización".

a) ¿Cuál modernidad?

La primera idea rectora de la descripción está formulada como distraidamente, muchas páginas adentro de la descripción, en el rubro displicentemente titulado "Otras tendencias culturales", donde dice: "El cambio cultural que se está operando en el Continente tiene las características del paso de una sociedad predominantemente tradicional hacia una sociedad moderna". O sea, en el paso de las Sociedades Agrarias a las Sociedades Industriales, como manejamos en todo nuestro rodeo histórico. Aquí se prefieren los nombres de "moderno" y "tradicional", pero no se precisan ni mínimamente sus notas, no exhiben sus presupuestos, ni los especifican históricamente. No diferencian los modos de modernización herodiano y de "aceleración evolutiva", ni intentan comprender cómo y en qué contexto acaece ese tránsito en América Latina, que no es igual a los anteriores de Inglaterra o Estados Unidos, Japón o Rusia. Es obvio, una tipología usada sin arraigo en un proceso histórico concreto, queda inmóvil y estéril. Entonces, como el concepto rector general carece de especificaciones, y más bien las elude, nos quedamos en la noche de los gatos pardos de lo "moderno". Se comprende así la imposibilidad de una descripción coherente y viviente, y la mera acumulación de hechos y observaciones en que se desgrana la composición entera. A lo que se agrega: el D.B.P. es incapaz de mostrar sus coordenadas fundamentales lípidamente y, por eso, las deja raquítics, perdidas en cualquier rincón.

De tal modo, con sociedad "moderna", el D.B.P. dice y escamotea simultáneamente el acento más elocuente y directo de Sociedad Industrial. Y esto le sirve para no plantear directamente, al desnudo, la magna cuesaión latinoamericana actual que es **¿cómo y en qué condiciones podemos levantar la Sociedad Industrial? ¿Qué significan y pueden las opciones modernizadoras herodianas y neocoloniales? ¿Cómo**

podemos ir levantando las condiciones y el empuje de la "aceleración evolutiva"? Entonces, en río turbio de indistinciones, el D.B.P. bordea lo principal, hablando para callar. Si eso se pretende, mejor callar sin más. Pues se evapora así el conjunto de implicancias involucradas, todo queda suelto, rotos los nexos interiores, desde los términos de intercambio, la inversión de capitales extranjeros, el rol de Estado, la relación entre justicia, nivel de vida, socialización, reforma agraria con la industrialización y los controles nacionales, hasta los motivos de una Integración latinoamericana valedera, etc. Todo esto asoma en los lugares más variados del texto, sin correlación recíproca intrínseca, con el lenguaje más pueril. Hay como una voluntad de no enfrentar en todas sus consecuencias lo principal y sus determinantes, ¿cómo evitar la caída en la charlatanería? ¿Qué base pastoral renovadora? Tanto temor tiene el DBP de mentar con todo su peso la tarea primordial de levantar la Sociedad Industrial latinoamericana que, por ejemplo, nos cuenta de las poblaciones marginales urbanas y rurales, de los indígenas, pero jamás de las clases obreras proletarias. En suma, es difícil seguir una descripción semejante características, donde no existe un movimiento de totalización sino que todo se presenta como "casos", "constataciones" que no demandan de suyo explicación, y el modo de discurrir típico es: "hay tal cosa" y "hay tal cosa", además "hay tal otra cosa", y así sucesivamente como en un cambalache: allí están los elementos de una casa, pero no "hay" casa. Y menos todavía la vida de la casa.

Pero "hay" más. El D.B.P. fija desde el comienzo su atención en el "ritmo de cambio que se ve acelerado por la explosión demográfica", al punto que arranca con la "situación demográfica". Mayor hincapié imposible. Y bien, luego, cuatro páginas después, se pregunta: "¿cuál ha sido la acción de la Iglesia, servidora del hombre, frente a estos problemas? A lo que responde: "El problema demográfico no ha tenido aún una respuesta adecuada, ni a nivel social, ni familiar. La Iglesia más bien ha estado ausente. Es cierto que ha salido en defensa de los valores humanos, y ha exigido el respeto de la libertad de los padres de familia. Pero, salvo raras excepciones, lo ha hecho de modo negativo, mostrando una falta de comprensión de este angustioso problema". Detengámonos en este texto, que hace afirmaciones gravísimas, pues nos dará el temple que sostiene el análisis.

La Iglesia tiene posición clara y firme respecto del sentido de la generación y multiplicación de los hombres, de sus fundamentos teológicos, naturales y las obligaciones morales que de ellos se desprenden. No vamos a repetir las aquí, pero el D.B.P. las ignora. Esa amnesia lo lleva a afirmar "La Iglesia más bien ha estado ausente". La intercalación sibilina del "más bien" es para aceitar de modo de introducir la negación subrepticamente. Aquí, el D.B.P. miente, pues ocurre todo lo contrario: la Iglesia está presente con sus posiciones, con sus respuestas, y eso es lo que hoy incomoda a mucha gente. Luego, para atenuar nuevamente la rotundidad de la "ausencia", el D.B.P. prosigue, "es cierto que" y enuncia un atenuante, pero vuelve en seguida sobre sus pasos con un "pero", nuevamente endulzado con "salvo raras excepciones" (que no se sabe cuáles son), para dar mejor su zarpazo final, acusando formalmente a la Iglesia una vez más de actuar "negativamente" y de "falta de comprensión al problema". Y omitiendo a continuación decir cuál sería la verdadera comprensión, por lo que la crítica queda en el aparente vacío, sin proclamar su razón de ser.

Ante la gravedad de la cuestión, es imperativo llamar a las cosas por su nombre verdadero, sin remilgos. Bien conocidos son los problemas de la explosión demográfica, de su complejidad actual y de

su muy distinta significación e incidencia según se trata de una sociedad industrial, opulenta, o de una sociedad semi-colonial agraria. Según el nivel de vida y educación o de miseria, etc. Bien conocido que la Iglesia está estudiando con la seriedad que corresponde estos ingentes problemas, con la participación directa del propio Pontífice. No se trata además de revisar principios, sino de estudiar los modos de su asunción concreta a la luz de las nuevas condiciones históricas y científicas. El Papa aún reserva su juicio, pero esto no deja en suspenso ni los principios ni sus obligaciones. ¿Y qué hace aquí el D.B.P.? Pues proponer a la consideración de los obispos, de todo el episcopado latinoamericano, afirmaciones que atacan a la Iglesia, a su magisterio, y desfiguran sus posiciones. Introduce dudas y resquebraja la confianza, y todo esto, con la tranquilidad de no mostrar a la vez las soluciones que se entenderían "comprensivas" y no "negativas, ausentes".

Pero todo acto humano tiene un fin, y esta "ausencia", esta "falta de comprensión" tiene debajo un solo motivo: el control de la natalidad. Esa es la idea que salta a la vista. ¿Y quién el propagador y beneficiario de la difusión del control de natalidad en América Latina? Lo sabemos todos, hay ya una larga suma de escándalos, desde Puerto Rico, Colombia, Brasil, etc. Se llama Estados Unidos de Norte América, nuestra metrópoli económica, que ha sido criticada por dentro por los propios obispos católicos norteamericanos. Entonces, este texto está al servicio de una política concreta que no es de la Iglesia y que va contra la Iglesia. Y que también va contra América Latina.

Si el ritmo de cambio se ve "acelerado por la explosión demográfica", según del D.B.P., se infiere que con ese control de la natalidad enlenteceríamos el cambio. ¡Actuemos pues para parar, se nos dice implícitamente! Es que la opulencia de las sociedades industriales está en peligro por esa gigantesca tragedia de la multiplicación de los pobres. ¿Qué hacer? ¿Luchar por la "aceleración evolutiva"? No, para evitar que nazcan más pobres de lo necesario, para que no desborden el status de la minoría opulenta. Que los pobres sigan así pobres sin incomodar demasiado, con alguna reformita herodiana. Ese es el sentido del control de natalidad de los pobres que quieren hoy los norteamericanos en América Latina. Industria no, menos pobres para que no exploten, y se les explote tranquilos. Y como la Iglesia es aquí un obstáculo, entonces, ¿qué mejor que minar a la Iglesia en su autoridad, instrumentalizando y sorprendiendo al episcopado, usando la propia autoridad de la Iglesia contra la autoridad de la Iglesia? Por eso, esta perfidia impone a la Iglesia reiterarse claramente: **ningún rico podrá controlar el nacimiento de los pobres para que los ricos sigan ricos y los pobres pobres.** Y que la única forma de poner las condiciones del control responsable, digno, moral, de la natalidad, será levantando la Sociedad Industrial nacional latinoamericana, por la justicia y el ascenso del nivel de vida, de educación, etc. Tal el presupuesto básico de un control cristiano de la natalidad. ¡No evitando que nazcan pobres, para ahogar la rebeldía de los pobres! Esto sería flagrante complicidad con el neocolonialismo: Seguramente, este texto será eliminado por los obispos, pero es posible que el neocolonialismo presione para dejar una hendidura, una puerta entornada, por donde infiltrarse.

Llegamos así al nudo gordiano. Todo el problema del sentido de la "modernización", de sus condiciones y metas latinoamericanas, es de la más extrema importancia para la Iglesia. Casi diríamos, exagerando, la tercera es la vencida. Pues ya hemos visto cómo la Iglesia fue sorprendida, en el siglo XIX, por la primera onda de industrialización, bajo las formas

de aceleración capitalista. Luego, en el siglo XX, una segunda onda de industrialización, bajo formas de aceleración socialistas, se desencadenó en Europa Oriental y corrió hasta la China, tomando una vez más a la Iglesia poco preparada. Actualmente, la Iglesia parece haber reajustado su ritmo con la Revolución Científica, Industrial y Social. Recién ahora parece en condiciones de asumir una tercera chance. Esa tercera chance se llama Tercer Mundo, y en él, específicamente, América Latina. **¿Podrá la Iglesia, ante la tercera onda necesaria de aceleración evolutiva hacia la Sociedad Industrial, estar en forma, a la cabeza de la tarea?** Es la pregunta que debemos responder a fondo los cristianos: **¿seremos capaces de no dejar pasar el tercer reto para la construcción de la Sociedad Industrial?** La actitud que tomemos tendrá proyección mundial y por muchas generaciones. ¿Cuáles los impedimentos? Los hay, y muchos, pero se pueden resumir en uno: la complicidad de vastos sectores cristianos no sólo con las oligarquías latinoamericanas sino con las metrópolis dominantes, con el neocolonialismo. Así, la mejor ayuda que nos podrán prestar los cristianos metropolitanos es la más aguda conciencia crítica y de lucha contra esos poderes de dominación que enraizan en su propia sociedad. ¿Y cuál la tentación de los cristianos metropolitanos? La paternalista "ayuda" herodiana, para que todo siga como está, sin sobresaltos. El DBP, al mostrarse descentrado y no dar quicio a sus protestas, confirma en su ambigüedad modernizadora el peligro herodiano que amenaza a los latinoamericanos. Este es el riesgo actual más grave para la Iglesia. No verlo, no querer exhibirlo, sería falta de responsabilidad para con la Iglesia. Es aquí donde reside la falla capital del DBP.

Y bien, esta irresponsabilidad del DBP puede ser indicio, por lo menos del temple ligero —aun diciendo cosas serias—, con que el DBP juzga otras actitudes históricas de la Iglesia y del comportamiento de la grey cristiana. No es que mienta en esas otras oportunidades: hace constataciones verdaderas pero de un modo tan exterior, que trasmuta —en su tono menor y apagado— a esas verdades en mediocres incomprensiones. No expone más que conocimientos superficiales y una supina ignorancia histórica. Bastará indicar el otro concepto capital con que se mueve, el de secularización, para probar sus confusiones. No queremos perdernos en una penosa jungla de detalles.

b) ¿Cuál secularización?

Ya mostramos anteriormente, exhibiendo en el origen de la excepcionalidad de la dinámica europea, en comparación con las otras Altas Culturas Agrarias, la radicalidad secularizadora del cristianismo en relación a las sacralidades paganas. De cómo la relación del hombre con Dios se realiza con los hombres a la vez que estos son señores dominadores de la naturaleza. Allí está la originalidad del Evangelio de Cristo. Y bien, el DBP tiene una idea grosera y poco cristiana del sentido de la secularización. Así, la define: **"Es una desacralización de la sociedad, que podría llamarse descristianización si la sociedad fue previamente cristiana. No es incompatible con lo religioso, pero sí impone un cambio en el modo de comunicar y presentar el mensaje evangélico"**. Entonces estos expertos (?) nos dicen que secularización es desacralización, descristianización, eso sí, con el atenuante que no todo lo sagrado ha sido cristiano y que al fin y al cabo, esta desacralización **"no es incompatible"** (no se sabe por qué) con **"lo religioso"** (tampoco se sabe cuál), pero alcanza, parece, con el mero **"cambio de modo de comunicar y presentar el mensaje evangélico"**. Si la secularización es descristianización, todo se arregla con una nueva presentación del mensaje evangélico

(tampoco se sabe cual ni si es posible, ya que se trataría de cristianizar lo que de suyo es descristianizar). Como se ve, en pocas líneas un record de incongruencias, inexactitudes y facilidades. Es que los redactores del DBP tienen el mismo concepto de secularización que un Gino Germani (13), pero ignoran toda la enorme literatura cristiana al respecto. Y no proseguimos, porque sería también penoso.

Este contradictorio y grueso concepto de secularización, que funciona implícito en todo el análisis, conduce a paradójicos encuentros. Pues resulta entonces que estos neo-consejeros de la Iglesia tienen la misma idea del cristianismo que han estereotipado los "zelanti". Es la idea estrecha y contaminada del cristianismo, la visión pesimista de la historia, que hizo carne en los "zelanti", de modo que malentendieron la modernidad como un puro rechazo, progresivo, implacable, al cristianismo, cuando también era su fruto, un resultado de sus potencias fermentales. Lo mismo ocurre al DBP en su análisis de la realidad latinoamericana relativa al cristianismo. Nace así una visión que confiesan "pesimista", pues con el concepto de secularización que manejan, la realidad se les aparece como una decadencia incesante del cristianismo. Con semejantes principios, no podría ser de otro modo. Y es aquí donde coinciden y se superponen la visión de estos asesores y la de un padre Menvielle, por ejemplo, integrista recalcitrante, para sorpresa de ambos. Pero los zelanti tienen auténticos atenuantes, y muchos irradian una verdadera y dramática grandeza, pues Cristo estaba en ellos. Padedieron confusión en tiempos de cambios muy profundos y equívocos, pero fueron obstinados, fieles a lo que creían hasta el heroísmo. Fueron la corteza dura de la Iglesia y soportaron el granizo, la tempestad, el invierno, con entereza, con furia, y permitieron las condiciones para la primavera. No lo olvidemos, en esta hora de castigos fáciles. Si se quiere, podríamos usar una metáfora, una analogía no demasiado distante: fueron los zelanti al catolicismo, lo que los stalinistas al marxismo ruso. ¡Cuánta esperanza en sus mezquindades! ¡Cuánta fidelidad en sus infidelidades! No cualquiera puede hoy juzgarlos, y tirar la primera piedra. Pero este no es el caso de los redactores del DBP.

Pareciera que estos asesores del DBP incurrían en error simplemente por recolectar lugares comunes. No saben, no sienten, que sólo se puede criticar a la Iglesia desde la Iglesia, implícita o explícitamente. Sólo desde lo mejor de la Iglesia se puede criticar lo peor de la Iglesia.

El uso y definición confusas de los conceptos primordiales, reguladores, de "modernidad" y "secularización" perturba todo el DBP. Pues podremos computar todos los hechos que se quieran, pero su entendimiento y selección depende siempre de las categorías fundamentales en juego. Si éstas no están bien planteadas, por trivialidad filosófica y teológica, distorsionamos todos los hechos. Damos vigor sólo aparente a nuestras denuncias. Y esta sutil y pueril alteración corrompe al DBP en todo su análisis de la realidad latinoamericana. Es lo que le hace desembocar en el "pesimismo", so pretexto de objetividades que sólo son presuntas, dado el tratamiento a que están sometidas.

Oír el fondo de la realidad, sentir el movimiento de la realidad es oír, bajo mil formas y expresiones, logradas o trucas, a Cristo. Es lo que supo Teilhard de Chardin. Es lo que no saben estos asesores del DBP. No sienten las mil formas y rostros de Cristo que allí palpitan, operantes. Claro, previamente, ellos han disminuido las esperanzas que mueven a los hombres al solo nivel de las "aspiraciones" o, peor, de las "expectativas", con el lenguaje higiénico del mun-

do de los negocios. Las esperanzas del hombre y del pueblo, entran en el mercado de la oferta y la demanda de las distintas expectativas. No hay más que dislocaciones del mercado, para llegar al punto de equilibrio, lo que se logrará "con una respuesta rápida y definitiva". ¡Cuánta retórica en este lenguaje de "ejecutivos" que se pretende preciso! Su vacuidad linda en lo insoportable. Es que las preferencias del lenguaje apuntan hacia una filosofía y hacia un alma.

¿Cómo podrían entonces discernir las esperanzas en Cristo? El DBP tiene una incapacidad congénita para tal lectura. Acumula imprecisión sobre imprecisión con su léxico neutro, tiene criterios peregrinos para apreciar la ortodoxia, la autoridad, la fe, etc. Su óptica social le hace ver el individualismo de prácticas crisaianas añejas, pero no tiene noticia del rol de la Comunión de los Santos, de su presencia, de su arraigo, de su sentido. Todo eso, claro, estará arrojado al foso de lo "paralítico", cosa prescindible del pobre pueblo con su chapotear en la "magia", y por eso mejor ni acordarse. Es una constatación que no entra en las constataciones. Además, no son demasiado cultos, ni siquiera han leído a Claudel al respecto Y bien, con un análisis tan frívolo, tan snob, en su sentido literal, sin nobleza, ¿qué puntos de partida coherentes pueden ofrecer a la "Reflexión Teológica" y a las "Líneas Pastorales"? Nada, y de la nada, nada se construye.

Esta parte le quita sustento a todo el resto del DBP. Tiene un movimiento regresivo, pesimista, que marcha en dirección opuesta a la parte que sigue de "Reflexión Teológica", basado en la línea ascendente del Concilio. Entonces quedan incomunicadas las dos partes, como monadas sin puertas ni ventanas, caminando en direcciones opuestas y sin "armonía preestablecida".

Es revelador el estilo incoloro, pesado, convencional del DBP y el estilo es el hombre, su modo de comunicarse con el hombre y consigo mismo. La aridez desértica del análisis de la "realidad latinoamericana" es también un "estado de alma", que anemiza todo lo que toca. A la fe, a la liturgia, al ateísmo, al marxismo— del que dice cuatro tonterías a partir de las cuales nadie podrá suponer que en su seno pudiera alentar un Ernst Bloch con su mesiánico "Principio de Esperanza", que fecunda hoy a la teología católica y protestante en su más profunda dimensión escatológica. Y es que todo este estilo tedioso es incompatible con la inteligencia de la esperanza, con su fuerza, con su indeclinable optimismo en medio de la tragedia. Más bien es hijo de la acedia que, según Santo Tomás, es raíz del pecado contra la esperanza que mueve al universo y a los hombres.

Para pensar, para ver, para comunicar nuestra realidad trágica de América Latina, para emprender su análisis objetivo, es necesaria la inteligencia, la penetración del amor. ¿Es una exageración? Cedemos la palabra al dominico J. Y. Jolif: "Habría escrupulo en pedir al lector instaurar en sí mismo un "estado de alma" si no se recordara que la racionalidad humana no puede ser realmente escindida de la sensibilidad y es vano pretender que ninguna pasión no aliente al discurso más resueltamente descarnado; asumiéndose esta condición, se adquiere un más de comprensión. No se puede examinar al hombre, hablar de él ni pensar en él, sin experimentar alguna pasión. Pues pensar al hombre, es evocar una esperanza; es escrutar pacientemente los signos que manifiestan la eclosión de una realidad siempre nueva y sorprendente. Quien no tiene en sí el poder de admiración, permanecerá incapaz de comprender al hombre". En su análisis de la realidad humana latinoamericana, no asoma en el DBP ni el atisbo de nada admirable. ¿Para qué seguir?

3. QUE LA IGLESIA LEVANTE LA PALABRA.

Desde el Concilio Vaticano II puede afirmarse que la Iglesia en América Latina, tras el pasaje de la construcción y crisis de la Cristiandad Indiana y del proceso de resistencia y acomodamiento de la restauración a la secularización, está inaugurando su cuarta época histórica en estas tierras. Es su reasunción abierta del valor y raíz cristiana de la dinámica secularizadora, lo que lleva al cierre crítico de la "era constantina" y a su reinscripción histórica en procura del servicio a la Palabra, que es servicio al hombre. Como Sacramento, signo de Cristo entre los hombres, en tensión escatológica hacia el "nuevo cielo y la nueva tierra".

Esta cuarta época en América Latina es también la de la gigantesca "revolución de las esperanzas" que va creciendo en todo el pueblo latinoamericano donde el fermento evangélico, aún bajo el rostro de nuevos secularismos paganos, se expresa con hambre y sed de justicia, se levanta contra el odio de los dominadores. "Si alguien dice: Yo amo a Dios, y odia a su hermano, es mentiroso, pues aquel que no ama a su hermano a quien ve ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?". (Primera Epístola S. Juan. III. 21). Por eso la Dominación, contra el Evangelio, siempre quiere escindir la relación del hombre con Dios, de la del hombre con el hombre, y para ello llega a tomar máscara cristiana. La exigencia de más en más extendida por el pueblo latinoamericano de un cabal reconocimiento del hombre por el hombre, hace crujir las dominaciones, los poderes regresivos, y es un nuevo jaque de Cristo a Mammon, una vez más, desde los oprimidos y marginados de la sociedad constituida. Por eso, desde la postración de América latina, desde los postergados, asciende una ola de energía creadora que está en sus primeros embates, señal de esperanza en nuestras tragedias. ¿Qué mejor que esta gran alarma que cunde entre los desposeídos? ¿Qué mayor signo de aliento para la confianza en el porvenir de América Latina? Allí comienza a palpitar la fuerza, la posibilidad, de nuestra "aceleración evolutiva", en todas sus dimensiones e implicancias. Entonces, hoy, para la Iglesia el servicio al hombre se confunde con el servicio a la alarma de los pobres, y en su capacidad de resistencia a la alarma de los ricos. Esto no es sólo cuestión sentimental, sino de aptitud de comprensión histórica objetiva, de decisiones políticas de los cristianos con plena inteligencia de la situación y de la índole de sus contradicciones. Pues ya es sabido que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

El comienzo de los caminos de la libertad, reside en la capacidad de autocrítica, en relación a la propia circunstancia. Por eso este nuevo giro histórico de la Iglesia y de América Latina, se traduce en el agudizamiento de la conciencia crítica eclesial. No toda crítica será justa, pero es más fecunda que la mera conformidad. Y hoy, la Iglesia, el pueblo cristiano latinoamericano está pasando un momento de intensa inconformidad, de agitaciones: no debe asustar esta inquietud, que es vida tras tantos años de inmovilismo y extrañamiento. Se abren cauces, se buscan cauces, no se han encontrado todavía los cauces. ¿Quiebra de autoridad? Quizá en algunos, pero lo esencial parece más bien una reasunción de la autoridad por nuevas formas de libertad. Porque la correlación de libertad y autoridad, que es indestructible, es dinámica, viviente. Y hoy se asiste el hermoso y patético espectáculo de una Iglesia entera en búsqueda, tanteando los nuevos caminos. Está bien, la Iglesia padecerá las crucifixiones del servicio, pues nada es gratis, y la gracia exigente. Servir, es un costo y un peligro.

Así, los modos de extrañamiento de la última etapa

de la Iglesia respecto a la realidad latinoamericana, y de sí misma en cuanto a su propia historia latinoamericana, generan ahora, en el movimiento de ruptura de aquellos extrañamientos y las urgencias de la búsqueda, un nuevo tipo de extrañamiento. Pues la Iglesia para reencontrar la realidad latinoamericana debe exponerse a oír, a aprender y usar de otras voces extrañas. Es inevitable, necesario. ¿Y cuál el riesgo? Que el oír para bien articular su voz, decaiga en la tentación de curar una afonía con voces prestadas, lo que sería una nueva forma de afonía. Y esas voces prestadas, imitadas, pueden ahogar la voz propia de la Iglesia; más aún, pueden hasta oscurecerla, aplastar las voces que en su etapa anterior tenían auténtico sentido. El péndulo puede oscilar violentamente con esta avidez de préstamo, y generar la impiedad de la tábula rasa, lo que sería herirse a sí misma, a su pueblo. Así ciertos expertos, pueden hacer desfallecer la voz del pueblo en la Iglesia. Puede generarse un vacío, un pasmó. Además, la inquietud de la Iglesia, inquieta a muchos, y no por las mejores razones, y es presumible una abundante oferta de ventrílocuos, de falsos profetas al servicio de los poderes regresivos. Esto exige de la Iglesia una confianza vigilante, un tacto discriminatorio guiado por la presencia de su Palabra interior, en pos de la nueva expresión de la Palabra, adecuada, justa, potenciadora de su propio interior. No es cosa simple, sino camino escarpado, con inéditas piedras de escándalo. Sólo una gran fe en sí, en Cristo y en el Pueblo, podrá afrontar la tarea.

Nova et Vetera. La Iglesia debe esforzarse para lograr lo mejor de sí misma, sin encogimientos, a través de las nuevas tensiones y acechanzas. En la misma medida que se abre al mundo latinoamericano, requiere volver sobre sí, alcanzar y transfigurar sus propias tradiciones, que le darán fuerza e inspiración valederas. La Iglesia, el Pueblo de Dios, la Comunión de los Santos, trasciende la pura contemporaneidad, y eso debe estar presente en Medellín. Si los obispos quieren hablar a América Latina, que empiecen por América Latina y por la Iglesia latinoamericana, que recuerden y recojan las esperanzas de tantas generaciones de cristianos, que evoquen nuestros grandes cristianos, a los Santos latinoamericanos, a los grandes Obispos, que no lo han sido en vano. Si el CELAM retoma la línea de los Concilios fundadores de Lima y Méjico ¿cómo escapar a la presencia de quienes nos tienen algo que enseñar con su vida y pasión, por ejemplo los obispos Santo Toribio de Mogrovejo y Vasco Quiroga? Pues cada época adopta sus santos, entiende a unos e ignora a otros. La etapa anterior de la Iglesia, enclaustrada, tuvo devoción por Santa Rosa de Lima. Ahora, la verdad es que no la comprenderíamos demasiado; otra época vendrá que la rescate de nuestra injusticia. En cambio, un Santo Toribio de Mogrovejo tiene auténtica resonancia, un Vasco Quiroga señala caminos. No se trata, es obvio, de hacer retahilas aburridoras sobre ellos, lo que sería matarlos, sino de percibir su significación y mensaje actuales. Si el CELAM busca expresión evangélica de la realidad social ¿cómo no hacerse eco de las Misiones Jesuíticas del Paraguay y de las Franciscanas en Méjico? ¿Y qué mejor que la voz de Montesinos, primera denuncia en nuestra tierra de las perversiones de la dominación, del colonialismo? Podríamos seguir con multitud. Hoy más que nunca necesitamos esos apoyos, esas inspiraciones, esas fuerzas. ¿Cómo olvidarlo? ¿La Iglesia no tuvo historia en América Latina? ¿Sólo lo peor y no lo mejor? ¿Borramos y empezamos de nuevo? ¿Para qué existimos antes? ¿No es ésta una actitud desorientadora para todo el pueblo cristiano latinoamericano? ¿Ninguna práctica colectiva, popular, vale? ¿De qué pueblo hablamos si empezamos por no revalorarlo, por asumir sus intuiciones para conducirlos, sin pretender eliminarlas o menospreciarlas?

Y decimos esto porque el DBP es un páramo histórico. Está enfermo de una actualidad sin historia; da la impresión que viniendo de nadie, terminará dirigiéndose a nadie. Clama con la miseria del pueblo, pero no halla inspiración ni enseñanza alguna en el pueblo. Seguramente, una macumba debe alentar más espíritu que el texto sobre la realidad latinoamericana del DBP. Texto sólo sombrío, incapaz de penetrar en las tristezas del pueblo hasta sus alegrías y sus fuerzas. Todo lo vigorosamente afirmativo del pueblo, en cualquier situación que esté, no es sabido por estos expertos, lo que redunde en un empequeñecimiento de la Iglesia como Pueblo de Dios, ignorando la marcha sorprendente de la Encarnación difundida y comunicada por millones de canales, que escapan a las fichas de los que tabulan. Y por eso afirmamos: hay que arrojar esos detritus de sociología abstracta, y volver a la historia. Comprender al Pueblo, es comprender su historia, en todas sus dimensiones.

Buscar a veces es perder el tiempo. Cuánto tiempo vamos a perder con estos sociólogos sin historia, ni sensibilidad popular? No es que la sociología —aunque no cualquier sociología— deje de prestar servicios. Nada de eso. Pero sí que ocupe su lugar, que tenga conciencia de sus límites, que no pretenda usurpar y restringir la portada de un Documento de Pastores, impregnándolo, como es éste el caso, con su espíritu y categorías confusas que conducen a falsificar lo real. Que sociólogos como éstos, no pasen de monaguillo. Que la Iglesia levante su Palabra.

4. EL PELIGRO HERODIANO.

Llegamos al fin de nuestro recorrido. ¿Cómo reunir lo que quisimos decir? Es bueno acudir a las fuentes, a la Palabra de la Iglesia. Tomemos el Evangelio de San Mateo y su relato de la visita de los Magos (Mateo. 1-13).

En todo el contexto significativo de la visita de los Magos, ante el anuncio del nacimiento de Jesús, aparecen varias actitudes que muestran, desde el principio, una de las fases del misterio de la Iglesia en la historia. Veamos los protagonistas y su entrelazamiento.

Los Magos, intelectuales paganos, astrólogos, que siguen la estrella, las señales de los tiempos, vienen a Cristo, se dirigen a él para rendirle homenaje, desde afuera del pueblo de Israel.

Herodes, el poder político, el Estado (tributario del Imperio Romano), advertido: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?" simula bu-

na disposición, para estar en condiciones de eliminarlo antes que tome cuerpo. Un nuevo poder es un peligro para lo establecido, debe ser extirpado de inmediato, muerto niño, antes que crezca. Quiere "rendir homenaje" para matar preventivamente.

La noticia del nacimiento "turba" a Herodes y a Jerusalem, al régimen establecido. La venida de Cristo es una perturbación; era mejor y más cómodo esperarlo indefinidamente. Es una nueva inquietante ¿qué puede pasar?; amenaza al poder, altera las expectativas reales y no es planificable.

Sacerdotes y escribas (tecnócratas) son consultados por Herodes y le ratifican las profecías. A diferencia de Herodes, que se apresta a actuar rápidamente, sacerdotes y escribas quedan en silencio. Saben, pero no se mueven, prefieren no buscar y quedar cómplices, refugiados en sombra.

Así, la larga expectativa mesiánica de Israel culmina aquí con la neutralidad sacerdotal, que prefiere no saber, no comprometerse, no verificar. Los escribas igual. Están conformes con el "status quo". Herodes toma la responsabilidad de la acción. Queda así prefigurada, desde el nacimiento, el apocamiento de la Iglesia establecida y, a la vez, que la Iglesia de Cristo es peligrosa para todo poder establecido. Desde el origen, la tensión Estado - Iglesia, y el riesgo de la sumisión al Estado, a la comodidad de las clases altas.

¿Quiénes están con Cristo a la hora de su nacimiento? Los pobres y los Magos. Son los Magos, paganos, más verdaderos sucesores de Abraham, de la Promesa, que los Sacerdotes. ¿Cómo no pensar que hoy otros Magos no puedan ver mejor las señales de Cristo que nosotros, cristianos?

Y además, si ahora la Iglesia busca y se mueve: ¿qué más conveniente para los nuevos poderes herodianos que intentar ahogarla, desde el comienzo, manifestando deseo de "rendirle homenaje"? Cuanto más se mueva la Iglesia, más atención herodiana tendrá sobre sí.

Cierto, no todo se agota con este texto de San Mateo, pero es un índice de la dialéctica profunda de la realidad. También a Cristo lo siguieron otros, en especial los Apóstoles. Y Simón Pedro, el príncipe de los obispos, tuvo que padecer martirio en el Circo Romano por no entregarse a la dominación. ¿Los obispos de la Patria Grande, que llevan la púrpura en señal de sangre y sacrificio, no tendrán que padecer mil otras formas de martirio ante el "imperialismo del dinero", para dar testimonio de verdad cristiana a su pueblo? No todos pasarán por la puerta estrecha, pero con ellos estará el pueblo. Y Cristo, que viene y nace todos los días.

(1) "Historia de la Iglesia en la América Española". (BAC. Madrid. 1965). Tomo I, pág. 133.

(2) Op. Cit. Tomo II. pág. 551 y 552.

(3) Como introducción a esta perspectiva histórica, es recomendable la lectura conjunta de: Karl Wittfogel "Despotismo Oriental" (Ed. Guadarrama 1966); Godeller, Marx, Engels: "El Modo de Producción Asiático" (Ed. Eudecor. 1966); K. M. Pannikar: "Asia y la Dominación Occidental" (Eudeba. 1966); Hebert Rodinski: "El Poder y el Destino Humano" (Paidós. 1967) y Christopher Dawson: "El Movimiento de la Revolución Mundial" (Huemul, 1963).

(4) Del Memorial de Sir Home Popham, posterior jefe de las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806, dirigido al gabinete de Pitt, en 1804 (citado por Rodolfo Pulgros en "La Época de Mariano Moreno". Ed. Sophos. Bs. As. 1960, pág. 67).

(5) William W. Kaufmann: "La Política Británica y la Independencia de América Latina 1804-1828". (Universidad Central de Venezuela. 1963. 1ª Edición Yale University, USA. 1951. pág. 47).

(6) Para una idea global de este proceso, debe consultarse: Jorge Abelardo Ramos "Historia de

la Nación Latinoamericana" (Ed. Peñajillo, Bs. As. 1968).

(7) Boleslao Lewin "La Inquisición en Hispano América" (Paidós. 1967), pág. 272 y 273.

(8) "Historia de la Iglesia en la América Española" (BAC. 1966). Tomo II, pág. 1051.

(9) Erich Przywara: "Criterios Católicos" (Ed. Dlnor. San Sebastián. 1962). Capítulo: "¿Herejías internas en la Iglesia?", pág. 64.

(10) "La Vie Spirituelle" (Ed. Du Cerf). Marzo de 1968, pág. 319.

(11) "Mensaje" N.º 115. Número especial "Revolución en América Latina", pág. 67 a 75. Puede consultarse la crítica formulada a Vekemans por Héctor Borrat en las revistas "Cristianismo y Sociedad" N.º 7, o "Pas e terra" N.º 4.

(12) "La Civilización Puesta a Prueba" (Bs. As. Emecé 1949), pág. 241 y 242.

(13) "Política y Sociedad en una época de transición" (Paidós. 1966) Capítulo 3.

(14) "Comprendre l'homme. Introducción a une anthropologie philosophique" (Ed. Du Cerf. 1967) pág. 9.